

Gonzalo Sobejano, crítico y caballero

Carolyn Richmond

Ya no podré, *bélate*, subir a saludarle en su piso neoyorquino para, con sendos vasos de whisky en la *mano...* y en la otra (la de él) el pitillo *prohibido*, platicar de obras y autores, de amigas y amigos, y las gracias y desgracias del Estado español. Comenzaba el ritual: —¿Has leído *esto*?, me solía preguntar, sosteniendo en el aire una recién llegada novedad editorial que ya había devorado. —¿Qué te parece? ¿Conoces otros del autor?

Tras la obertura, comenzaba en serio la sesión, que duraba hasta que uno de los dos se rindiese al reloj y se iniciase la retirada. Me llamaba él un taxi y nos dirigíamos, platicando aún, a la puerta de su casa. —¡Adiós! —¡Adiós! ¿Será esta, solía preguntarme, camino del hotel, la última visita que haré a mi antiguo amigo y agonista intelectual?

Era la nuestra una amistad compleja que se remontaba, indirectamente, por un lado a la antigua complicidad profesional e intelectual entre dos profesores españoles en Estados Unidos: mi

futura pareja, luego marido, Francisco Ayala, que en el año 1963 era catedrático de Literatura Española en la New York University, y Gonzalo Sobejano, quien en dicho año había sido contratado por la (asimismo neoyorquina) Columbia University; y, por el otro lado, paralelamente a la que con el tiempo sería una relación amistosa entre Gonzalo y Helga, su mujer, y nosotros dos, tenían esta especialista que entonces era yo en la obra de Leopoldo Alas y la máxima autoridad en la obra del asturiano, el profesor Gonzalo Sobejano, unas diferencias irresolubles de interpretación en torno a nada menos que la protagonista de la novela *La Regenta*. Cuatro décadas después me parece exagerada mi actitud polemista —como seguramente en el momento lo veía él—, pero la juventud es también una época de pruebas.

En 1976 —el año en que me doctoré— publicó don Gonzalo la primera de una serie de imprescindibles ediciones críticas de *La Regenta*, así como de artículos y estudios monográficos sobre la obra de Clarín. La fama, bien merecida, le coronaba, y él iba encaminando a sus discípulos con un espíritu abierto y liberal. Recuerdo que en aquellos memorables congresos de la década de los ochenta, organizados en torno del centenario de la publicación de *La Regenta*, se portaba conmigo, *joven principiante* aún en el mundo del hispanismo, con respeto y comprensión.

Los años transcurrieron. Aquí estoy, en el 2019, llorando la muerte de este caballero andante de la crítica española. Y se me ocurre contar aquí (a mi modo, confesar) cómo una tarde, hace unos cinco años ya, hicimos él y yo las paces *clarinianas*, para sellar, por siempre, nuestra amistad.

Se trataba, según he anticipado ya, de aquellas lecturas de *La Regenta* que nos habían dejado a los dos con una sensación de incomodidad. Y todo... por causa de una mujer, que a él le parecía pura *poesía* —huérfana, inocente, poetisa, sin hijos—, y a mí, en cuanto personaje literaria: blanda, fácilmente influenciada por la *prosa* del

mundo; y como protagonista literaria, poco convincente. (Era partidaria del personaje del Magistral.)

Pasaron los años. Murió Helga. Luego Francisco. Quedó Gonzalo, solo ya en su espacioso apartamento/biblioteca con vistas a un edificio de Barnard College diseñado por su sobrino arquitecto Enrique, al cuidado de su fidelísima amiga Nora y de una (*clariniana*, sólo por nombre) doncella, Petra. Tras una desafortunada caída, se veía confinado a una silla de ruedas. Pero seguía fumando, ¡eso sí! Y tomando su whisky cotidiano.

Una tarde, hará quién sabe cuántos años pero desde luego después de la muerte de mi marido en el otoño de 2009 y de la publicación, en el número de *Revista de Occidente* de noviembre de 2010, de «Cinco poemas» de Gonzalo Sobejano, le hice a éste último una visita que a los dos nos conmovió de un modo especial.

Se encontraba aquella tarde solo mi anfitrión, acurrucado en su butaca de toda la vida, fumando (claro está) y esperándome para tomar el whisky vespertino. Me hablaba, pero le salían las palabras tan bajitas, bajitas que con dificultad llegaba a descifrarlas yo. No quería hablar de libros aquella tarde, quedaba claro. Finalmente decidí levantarme del sofá enfrente suyo e ir a sentarme en una silla junto a él. Estaba triste, pensativo. Y empezó a hablarme de sí mismo, y yo a hablarle de mí. Nos cogimos de las manos... casi diría yo haber sentido la presencia en aquel momento del Verbo, de la literatura hecha realidad. En aquella penumbra saqué el tema de aquellas cinco poesías, de las que dos –los sonetos titulados «A la Virgen María» y «A Cristo», fechados ambos en 1963 (el año en que, según consta arriba, se había trasladado el profesor Sobejano desde Alemania a América)– me habían hecho pensar en la protagonista de *La Regenta*, así como en su ya citada defensa literaria de la *poesía* frente a la *prosa* de la vida.

Se lo dije; asintió. Y durante un buen rato, mano en mano, tuvimos don Gonzalo Sobejano y quien este texto firma una conver-

sación confidencial, con alguna lágrima ocasional, que nos condujo, juntos, al *fondo del vaso* de Anita Ozores, y de cada uno de nosotros, sellando con ello, para siempre, nuestra amistad.

«[S]i fuiste mío y mi mal te mueve / a recordar que yo no te he mentado», le implora el poeta a Cristo en el segundo de los sonetos:

si mi silencio has visto y has oído,
si yo, Gonzalo Sobejano Esteve,

de treinta y cinco años desgraciados,
español, profesor, casado, loco,
tonto, ciego, sensato, soñador,

algo soy a tus ojos apagados,
¡no te mueras! Y dame amor: un poco.
Te lo pido por Dios y por favor.

No sin razón hubiera podido proclamar este crítico y caballero, huérfano de madre a los trece años, sin descendencia y autor – él también– de poemas a la Virgen: «la Regenta, soy yo».

C. R.
Madrid, 13 abril 2019